

Victor Tarasoff-Slischin

The background of the cover is a dramatic illustration. It depicts a man with a beard and a woman in heavy winter clothing. The man is carrying the woman in his arms. They are standing on a dark, rocky, and icy landscape. In the background, there are swirling green and blue clouds, suggesting a storm or a supernatural event. The overall tone is mysterious and intense.

Cabaña de nieve

Historia de ciencia ficción

*Biblioteca de Literatura
Soviética*

Victor Tarasoff-Slischin

Cabaña de nieve

<https://litres.ru/74314924>

SelfPub; 2026

Аннотация

¡Queridos amigos!

Les presentamos el relato «La cabaña de nieve», escrito en la mundialmente famosa tradición de la ciencia ficción soviética. Esta historia narra con detalle la misteriosa aventura que vivió un topógrafo soviético durante el desarrollo de los recursos naturales en el Extremo Norte de la RSFSR. Basada en una idea de Anatoly Nikolayevich Tarassoff

(1939-2012). Dedicada a todos los pioneros del Extremo Norte de la URSS. Para un público amplio.

Содержание

Del autor	5
Capítulo 1. Un conocido inesperado	7
Capítulo 2. La cabaña de nieve	17
Конец ознакомительного фрагмента.	19

Victor Tarasoff-Slischin

Cabaña de nieve

Letoria relaton, o simplemente Letory, es una obra literaria que, en su contenido, basado en crónicas documentales, cuentos populares o epopeyas, restituye o revela rasgos culturalmente significativos de la cosmovisión eslavo-aria y la tradición del ingliismo, y por lo tanto posee flexibilidad artística para expresar los pensamientos de un autor moderno.

Del autor

Estimados amigos y camaradas:

Les presento el relato de ciencia ficción «La cabaña de nieve», escrito en la prestigiosa tradición de la ciencia ficción soviética. Su base original es un borrador de Anatoly Nikolaevich Tarasov (1939-2012), un ciudadano soviético inteligente, erudito y con gran talento literario.

He perfeccionado significativamente el borrador original de mi padre, haciéndolo atractivo para lectores de todas las edades. Ahora, un niño curioso puede imaginarse como un topógrafo en el inhóspito Ártico, y una joven de secundaria, como la dueña de una casa mágica. Mientras tanto, un anciano experimentado que lea en un banco coincidirá en que el mundo del pasado narrado era diferente, fascinante y hermoso. Los habitantes de los pueblos del Extremo Norte también apreciarán el sabor nacional de la obra.

La narración también tiene un significado moral e ideológico oculto, así que si algún lector nota de repente que los dioses estelares se guían por un estilo de vida comunitario y con motivaciones sociales, no voy a discutirlo... Al desarrollar la imagen de la nave alienígena, decidí partir de la premisa de

que su perfección técnica se basa en los logros de una sociedad autocrática de alta moralidad. Similar a la que existía en la Gran Potencia Tartaria y, en cierta medida, en la URSS. Por lo tanto, los sentimientos de Gelyun sugieren nostalgia por tiempos pasados, temor al presente y esperanza en el futuro. Muy parecido a lo que experimenta hoy un ciudadano desplazado de la URSS.

Ahora hablemos del espíritu maligno Khargi, ¡el personaje más siniestro de la historia! Lo resucité del folclore evenki por varias razones. Primero, para dotar a la supercomputadora alienígena de una lógica impredecible, peligrosa para los seres vivos, como advertencia a la humanidad. Segundo, para mostrar al lector las astutas tácticas utilizadas por los parásitos sociales progubernamentales que están destruyendo deliberadamente al grupo étnico eslavo ruso. En tercer lugar, aprender a identificar la manipulación y no apoyar a los emisarios de la religión de ocupación y del régimen antipopular.

De este modo, el lector no solo podrá completar esta obra de forma independiente, sino también enriquecer el universo con imágenes vívidas. ¡Les deseo a todos una lectura placentera y enriquecedora!

Capítulo 1. Un conocido inesperado

Esta maravillosa historia nació durante una noche polar en el extremo norte de la República Socialista Federativa Soviética de Rusia, pero en lugar de ser reconocida, quedó relegada por el azar a un ignominioso estancamiento. Así que tuve que aceptar la afirmación del veterano Mavletdin Badretdinov de que pasé los dos días que he olvidado sentado en una cabaña de nieve.

A mediados de otoño de 1982, mi equipo topográfico de la Expedición Geofísica Taimyr fue transferido temporalmente al Grupo Sísmico Ikon. Su base se encontraba en la tundra de Norilsk, en la confluencia de los ríos Mikchangda-Ondodomi y Chopko. Nos transportaron en helicóptero desde Dudinka. Nos instalamos rápidamente en el complejo de la expedición, pusimos en marcha el tractor y, según las órdenes vigentes, nos dirigimos al noreste, hacia Volochanka.

Cada día tendíamos cables sísmicos, inspeccionábamos el terreno y compactábamos el camino de invierno. Tras nosotros venía el equipo sísmico de Ikon, que utilizaba explosiones subterráneas dirigidas y equipos de recepción especializados para localizar domos de petróleo y gas en los estratos rocosos con fines de desarrollo industrial.

La noche polar es un periodo de tres meses de crepúsculo y oscuridad que resulta psicofísicamente deprimente. Por lo tanto, todos debían esforzarse para superar el letargo: trabajadores, conductores de tractores y, sobre todo, los topógrafos, que dependen de la luz. Sin embargo, desde finales de diciembre hasta mediados de febrero, aprovechamos al máximo las horas de luz para cumplir con el plan estatal según lo previsto.

El 23 de diciembre, durante el almuerzo, la helada de -40°C retrocedió y sopló un cálido viento del suroeste. Así que tuve que dar dos órdenes: «Sigan trabajando duro, pero ya veremos cómo va todo. ¡La caída de presión es torrencial!» «Nos vemos en la llanura, junto al pequeño lago». Los chicos salieron. Yo tampoco lo dudé. Rellené mi cuaderno de bitácora, me vestí y me dirigí al perfil, donde me esperaban una mochila llena de objetos pequeños, un teodolito sobre un trípode y esquís anchos clavados en la nieve.

El conductor Lukashenko revisó el acoplamiento entre la vivienda y el trineo de carga, subió al tractor y el tren, cubierto de escarcha, arrancó. Entonces, el nuevo carrete de cable, que colgaba detrás de la vivienda sobre una barra transversal y soportes triangulares, comenzó a crujir suavemente, como si indicara que el perfil aún no estaba terminado.

En dos o tres días, nuestro equipo preparatorio llegará al

bosque y avanzará lentamente a través de él, retirando los árboles caídos y construyendo un camino invernal. Así que adelantarnos no nos vendría mal. Sobre todo porque los sismólogos de Ikon van a buen ritmo y ya se están preparando para el despliegue.

El tractor avanzaba por un valle suave, pasando por colinas planas y erosionadas, salpicadas de pequeñas piedras y cantos rodados. Badretdinov giraba la manivela del carrete, mientras el topógrafo Durov, entrecerrando los ojos débilmente por el gélido viento de frente, desenrollaba el cable sísmico. Sobolenko era el tercero, clavando las puntas de los geófonos en el suelo helado y conectando sus cables flexibles al cable.

Día tras día, los muchachos sacrificaban sus descansos para entrar en calor y tomar té, por lo que avanzaban rápidamente... En consecuencia, trabajé solo en la línea de prospección, sin ayudantes, conversando afanosamente con mi reloj de pulsera, el teodolito y la tundra.

Tras anotar las primeras mediciones en mi cuaderno, dejé de trabajar y miré a lo lejos, intentando distinguir el contorno de la columna desaparecida... Pero fue en vano; la nieve se arremolinaba, ocultando la trayectoria. Media hora después, la ventisca se intensificó, así que maldije, interrumpiendo mi observación: «¡Maldito tiempo! Ya no se ven los postes de medición... ¡Tengo que correr, si no, me quedaré atrapado en

la cabaña de nieve!». En el pasado, había tenido que esperar a que pasara una ventisca bajo un ventisquero: escondido en la oscuridad, temblando de frío y humedad, luchando contra el sueño y haciendo agujeros en la capa de nieve para respirar. Era un recuerdo desagradable.

Piedras oscuras, mezcladas con nieve granulada, se arremolinaban a mi alrededor, y entonces el valle aulló amenazadoramente. Plegué el teodolito, pero dejé el trípode extendido en su sitio, con la intención de terminar mis observaciones más tarde. Guardé la libreta de mediciones en el bolsillo y me apresuré a alcanzar al equipo, murmurando con frustración: «Llevo más de una hora dando vueltas por el perfil y todavía no tengo datos para los cálculos. Los chicos probablemente ya terminaron su descenso, recogieron agua del lago y están tomando té».

La nieve de Taimyr es variada. Puede ser pegajosa, polvorienta o suelta, pero lo más común es que los fuertes vientos la apisonen y se convierta en una costra dura y áspera con el frío. Por eso los esquiadores en la tundra no usan bastones: tienen las manos libres. Una mochila grande a la espalda no les dificulta el movimiento y pueden llevar lo que quieran: herramientas, armas y hachas. Sin embargo, esto no es un problema para mí, ya que soy alto y llevo un teodolito con trípode sujeto a la correa sobre mi hombro derecho.

Caminaba por un valle que se estrechaba, siguiendo una huella de tractor. Debido al viento en contra, tuve que cubrirme la nariz con un guante y frotarme las mejillas para evitar la congelación. De repente, a todo pulmón, alguien gritó: «¡Aaaaaaa!».

Me detuve en seco.

Un instante después, un sonido parecido a un llanto o un gemido infantil resonó, proveniente de algún lugar a mi derecha, probablemente al otro lado de la colina. Escupiendo por encima del hombro izquierdo, murmuré en voz baja: «¿Qué es esto? ¿Un falso ruido del norte o una llamada de auxilio? ¿Qué debo hacer? ¡Tenemos que buscar!».

Seguí una suave curva hasta la cima de la colina, esquivé un montón de rocas e instintivamente rodé hacia un barranco... Allí, inesperadamente, me encontré con una joven de una tribu nómada, sentada sobre la nieve dura, con la pierna derecha extendida. Al observarla más de cerca, resultó que viajaba con ropa de piel mullida y confeccionada con gran maestría.

Sin miedo, la niña sollozó y se quitó el guante, mientras se secaba las mejillas con lágrimas. Me incliné y le pregunté en voz baja: “¿Qué pasó? ¿Cómo llegaste aquí?”. Para mi alivio, un desconocido de nariz chata y rostro redondo habló en ruso:

“¡Estaba montando un ciervo! Entonces tropezó y caí en un barranco... Por alguna razón, mi pierna no me obedece; ¡me duele! Ya que estás aquí, ayúdame a levantarme”.

Levantando a la niña por los brazos, le dije con incredulidad. «¿Cómo es que viniste aquí en un reno? ¡No hay ni un solo asentamiento en cincuenta kilómetros a la redonda! ¿Dónde están tus padres? ¿Un campamento nómada?». Sin embargo, al ver que empezaba a caer, la levanté y le ofrecí una solución práctica: «Te llevaré al complejo de expediciones para que te revisen la pierna. Si hay una fractura, pediremos un helicóptero por radio. Es un vuelo de una hora a la ciudad. Te recibirán en el hospital y te atenderán. Si resulta que solo te rompiste los ligamentos, te pondré una venda y te enviaré con tus padres».



Mirando de reojo el bulto antinatural que sobresalía de su bota de piel, partí sin perder tiempo, pero al doblar la colina y seguir las huellas del tractor, la niña empezó a llorar: «¡No, no, omolgi! ¡No necesito tu ruidoso carro! ¡Llévame allí, a la loma nevada!». Miré en la dirección indicada y maldije con disgusto: «¡¿Por qué demonios?! ¡No hay nada allí, solo rocas desnudas!». Sin embargo, la terca niña replicó: «¡Allí hay de todo! ¡Una cabaña de nieve, un chamán y comida!».

La ventisca se intensificó. No había tiempo para discutir, así que exigí: «¿Quieres ir a esa colina? ¡Bien, vamos! Pero si no hay ninguna cabaña allí, el trato sigue siendo el mismo: ¡te llevo al complejo de la expedición!». La niña asintió.

Levantando mis esquís y dando pasos rápidos, corrí hacia la colina escarpada, hacia la cual mi obstinada y casi ingrátida carga miraba esperanzada. Unos diez minutos después llegué a su base, coloqué mis esquís en forma de “V” y comencé a escalar. Desafortunadamente, en su cima plana, esculpida por antiguos glaciares, no había edificios, salvo unas pocas rocas y cantos rodados informes que sostenían el cielo bajo y gris oscuro.

Jadeando por la empinada subida, pregunté con disgusto: “¿Y dónde está tu centro turístico?”. En lugar de responder, la chica señaló una enorme roca y me pidió: “Ponme al lado”. Lo hice,

pero la abracé con fuerza por la cintura, ya que las ráfagas de viento se habían intensificado y ahora podían derribarme incluso a mí, un hombre adulto.

De pie, inmóvil sobre su pierna buena, mi compañera tocó la piedra áspera. En ese instante, sucedió algo asombroso que me hizo dudar de mi propia cordura. Una grieta horizontal apareció en medio de la roca, partiéndola en dos. La mitad superior salió disparada hacia la derecha y quedó suspendida en el aire, mientras que la inferior desapareció en una nube de humo blanco.

Antes de que pudiera reaccionar, la chica me reprochó: «¡No te quedes ahí parado, levántate!». Sorprendido, murmuré: «¿Por qué? ¿Dónde?». Sin embargo, obedientemente me quité los esquí, me paré sobre la roca y me quedé paralizado por el miedo.

«¡Quédate quieto y no temas nada!», dijo la chica, mirándome a los ojos y añadiendo: «¡Aunque tú, poderoso omolgi, no conoces el miedo!». No respondí, sabiendo perfectamente que el miedo no depende del tamaño de un animal ni de una persona. La niebla se disipó rápidamente y nos envolvió por completo. Respiré hondo y cerré los ojos...

Al exhalar, sentí una bocanada de aire cálido, abrí los ojos con curiosidad y me quedé paralizado de sorpresa al encontrarme en

una habitación cilíndrica. La chica dijo con voz tranquilizadora: «Ya hemos bajado y pronto estaremos en el vestíbulo central. Este es el vestíbulo de entrada... Avanza y detente junto al círculo multicolor».

Conté nueve pasos y me acerqué a la pared opuesta, donde un círculo arcoíris palpitaba. Mi compañera lo tocó con el dedo. ¡Entonces la sólida barrera comenzó a ondular y se transformó en un pasaje arqueado! Avancé con decisión y me encontré en la habitación contigua...

La tenue iluminación ocultaba el tamaño de la sala. Sin embargo, al observar con atención los destellos multicolores en la superficie de las paredes, intuí que se trataba de un cilindro alto y ancho. Señalando un segmento del espacioso círculo que brillaba en amarillo, la niña preguntó: «¡Llévame allí! Ya estamos en la cabaña grande, omolgi. Mi chamán vive detrás de la pared amarilla».

Capítulo 2. La cabaña de nieve

Me acerqué a la pared resplandeciente y bajé a la chica. Suplicó: «¡Me duele moverme! Desnúdame, omolgi. Se supone que debes entrar desnudo a la habitación de un chamán, es la regla».

Sin más preguntas, le quité la chaqueta de piel y la bota izquierda. Ahí fue donde todo se detuvo. Incluso el roce más suave en su pierna derecha le provocaba un gemido de dolor. Tuve que sacar una navaja del bolsillo y, sin remordimiento alguno, le corté la bota derecha. Luego le quité los pantalones de piel.

En cierto momento, la luz del pasillo se intensificó, ¡y la adolescente que imaginaba se transformó en una mujer adulta! Llevaba un mono azul claro ajustado que, sin ocultar nada, acentuaba su esbelta cintura, sus curvas y sus pechos voluptuosos...

Superando mi vergüenza, pregunté con vacilación: «¿Debería cortar también el mono?». Frunciendo el ceño, respondió con seriedad: «No, no hace falta, ¡puedo arreglármelas sola!». Y, bajando el cierre desde el cuello de la camisa, a lo largo de su pecho derecho hasta el muslo, expuso con confianza su esbelta

figura. Pensé nerviosamente: «¿Qué hago? ¡Mira! ¡Maldita sea, sin ropa interior!».

Conociendo la medicina militar de campaña, centré mi atención en la pierna herida, ¡y ahí estaba! Los huesos de la tibia habían desgarrado el tejido blando y estaban expuestos... No era una imagen agradable, pero las arterias estaban intactas. ¿Cuál era el diagnóstico? Siete semanas de inmovilización, luego un yeso y rehabilitación: cinco meses de terapia en total.

No creía en curanderos ni chamanes, así que inmediatamente sugerí: «Tratemos tus heridas nosotros mismos. Puedo recoger los huesos, aplicar férulas y yesos». Mientras tanto, la chica se apoyó en la pared y dijo apresuradamente: «¡Espera aquí, omolgi! El chamán me curará pronto...»

Конец ознакомительного фрагмента.

Текст предоставлен ООО «Литрес».

Прочитайте эту книгу целиком, [купив полную легальную версию](#) на Литрес.

Безопасно оплатить книгу можно банковской картой Visa, MasterCard, Maestro, со счета мобильного телефона, с платежного терминала, в салоне МТС или Связной, через PayPal, WebMoney, Яндекс.Деньги, QIWI Кошелек, бонусными картами или другим удобным Вам способом.